

El instante

Luciano Concheiro

Si se quiere escapar de la aceleración, hay que desatender a los que defienden y promulgan la lentitud. Sin darse cuenta, son esclavos de la velocidad. Juegan bajo sus reglas y las reproducen. Para resistir hace falta una acción más radical, que sea verdaderamente antisistémica. No se resiste a la velocidad queriendo detenerla, sino saliendo de su dinámica. ¿Cómo lograr esto? Deteniendo el transcurrir del tiempo. Luchando contra él.

El uso corriente del término —entendiéndolo como una “brevísima porción de tiempo” (*Diccionario de la lengua española*)— nos ha hecho olvidar que el instante, más que ser una unidad de medición del tiempo, es una *experiencia* temporal particular. Como dicta la sabiduría popular, el instante dura apenas unos segundos, pero lo definitorio no es eso, sino que gracias a ese fugaz momento se pierde la noción del pasar del tiempo. El instante es una chispa que nos arroja fuera del devenir. Las horas se paralizan, las fechas son abolidas. Sencillamente: el tiempo deja de correr. La sucesión desaparece.

El instante irrumpe como la ocurrencia: de golpe y sorprendiendo. Nunca es algo esperado. Es, más bien, un imprevisto que trastoca el estado de las cosas. Un tropiezo que suspende la normalidad e introduce una discontinuidad. Es desgarrador: produce siempre una incisión en el devenir.

Si bien el instante apenas dura, todos los tiempos están contenidos en él. Lo que sucedió, sucede y sucederá aparece como un resplandor que nos ciega. Presencia absoluta. Ante nuestros ojos, en un aquí y ahora permanente: todo. El instante es, permítase la obvia comparación, una especie de *aleph* borgiano.

El error más grave sería creer que el instante constituye una experiencia similar a la emanada de la doctrina del YOLO. *You only live once* (“sólo vives una vez”) se ha vuelto, desde que el rapero Drake lo popularizó en una canción, el lema de buena parte de la juventud. Esta especie de hedonismo extremo no es una crítica al sistema capitalista de explotación, sino el eslabón final de la éti-

ca de consumo. No llama a vivir una vida plena en la que nos demos cuenta de que la libertad significa no necesitar nada. Más bien propicia un deseo desaforado de poseer. El objetivo es enriquecerse rápido y gastar a la misma velocidad. La acción clave se vuelve el despilfarrar. El ideal: autos de lujo y deportivos, yates, helicópteros y aviones privados, Chanel, Dior, Louis Vuitton y Hermès, caviar, animales exóticos, relojes ostentosos, champán, mujeres —porque los cuerpos se consumen como cualquier otro producto—. Todo lo anterior siendo exhibido a través de las redes sociales. (Véase la cuenta Rich Kids of Instagram, en donde se compilan fotografías bajo el principio “Ellos tienen más dinero que tú y esto es lo que hacen”).

En el mundo financiero se le llama *yoloing* a la práctica de poner la totalidad de los recursos personales en una inversión. Apuestas en las que se pueden ganar importantes cantidades de dinero velozmente y, en paralelo, existen altas posibilidades de perderlo todo. Inversiones de alto riesgo en las cuales la volatilidad es el rasgo esencial. Lo único asegurado: generosas dosis de adrenalina, estrés y ansiedad. Hacer negocios como si se estuviera jugando en un casino de Las Vegas tras esnifar cocaína, beber un martini y tomar un Xanax.

El YOLO, especie de *carpe diem* capitalista, es muy distinto al instante —el cual exige recogimiento y fomenta una relación con la realidad que no pretende ser de consumo o explotación, sino de beneficio mutuo—. Si se quiere mayor precisión, el instante impone una comunión entre el hombre y sus semejantes, entre el hombre y los objetos, entre el hombre y la Naturaleza.

La experiencia del instante obliga a un olvido de sí. Rompemos con nuestro pasado y nuestro futuro. El yo se disuelve y nos volvemos todos los hombres. O mejor: nos volvemos *cualquier* hombre o mujer. Somos el otro y lo otro.

Comunión total, en el instante los contrarios y las dualidades se disipan: unión del yo y el tú, pero también del aquí y el allá, de la luz y la sombra, del silencio y el ruido, de la quietud y el movimiento, de la vida y la muerte. La distinción entre los individuos desaparece, así como



Georges Seurat, *Bañistas en Asnières*, 1884

la barrera entre el sujeto y los objetos. En el instante, como se lee en el *Chāndogya Upaniṣad*, “tú eres aquello”.

El instante es como un abrazo mediante el cual los contrarios entran en armonía. Funciona a la manera de un conjuro de corte animista que nos empuja a palpar al unísono con el cosmos, a incorporarnos a su ritmo —que no es otro que el del tiempo primordial—. Entendido de esta forma, el instante está relacionado con la mística, puesto que el individuo que lo experimenta entra en unión con algo que está *más allá* de él, se conecta con otro lugar y otro tiempo —con lo divino, se hubiera dicho antes—. En el léxico religioso: es un éxtasis, una exaltación contemplativa. En suma, es una experiencia sagrada.

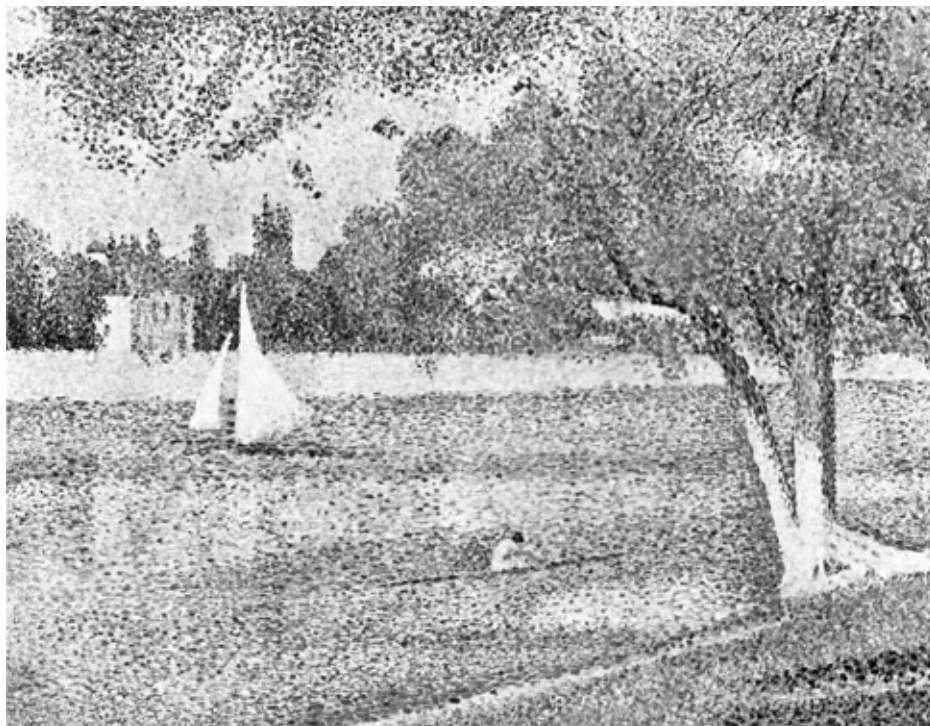
El instante es algo muy similar al *satori* del budismo zen. Si bien la tradición señala la imposibilidad de acercarse al *satori* por medio de la palabra, existen dos descripciones que sirven para dar cuenta de la relación entre ambos conceptos. Una de D. T. Suzuki: “Tener la experiencia-de-*satori* no es sino experimentar una apertura a nuestra actividad mental en su raíz fundamental, cuando esta actividad aún no ha establecido diferencias y todavía no se ha visto fijada en algo que pueda ser definido de modo categórico como ‘esto’ o ‘lo otro’”. Y, por otro lado, una de Gabriel Orozco: “Patear una lata, aplaudir, eructar, tronar los dedos, pestañear, besar. El accidente, la revelación, la interrupción (lo que nos manda a otro estado). La calle, el exterior, externar el ruido de lo otro”.

Debemos estar precavidos frente a una eventual confusión: el instante no es lo mismo que el acontecimiento

(*l'événement*) —concepto de moda entre los teóricos contemporáneos—. El acontecimiento, tal como lo describe Slavoj Žižek, es “algo traumático, perturbador, que parece suceder de repente y que interrumpe el curso normal de las cosas; algo que surge aparentemente de la nada, sin causas discernibles, una apariencia que no tiene como base nada sólido”. Hasta aquí, en realidad, no habría mayor diferencia entre el instante y el acontecimiento. Los dos comparten la espontaneidad, la imposición de una discontinuidad y el desbordamiento del orden causal. Sin embargo, como dice una frase de Nietzsche que ha sido retomada por Alain Badiou, el acontecimiento “parte en dos la historia del mundo”. Al igual que las revoluciones lo hacían, sacude la realidad: la transforma radicalmente y para siempre. Por el contrario, el instante introduce un cambio transitorio. La experiencia temporal que impone dura un breve lapso de tiempo y, tras su paso, no deja rastro.

Se llama “*point vélique*” al punto de convergencia que se da cuando la vela de un barco es empujada por el viento y por la resistencia que ejerce el mar contra el casco. Al encontrarse estas dos fuerzas generan un equilibrio momentáneo. La inmovilidad y el movimiento funcionan en simultáneo: hacen surgir una fijeza que genera una propulsión. El único rastro que deja esta sinergia es un chiflido. A Gaston Bachelard le gustaba utilizar en sus clases este término proveniente de la náutica para explicar qué es un instante.

Un equivalente conceptual del instante, según me lo señaló el artista Abraham Cruzvillegas, es el *infraleve* (*infra-*mince**) de Marcel Duchamp. Hay definiciones del in-



Georges Seurat, *El Sena y la Grande-Jatte en primavera*, 1888

fraleve que prueban lo anterior (por ejemplo: el infraleve es una “tensión intersticial, donde el tiempo desaparece en el instante y el movimiento se subsume en el deseo para convertir la posibilidad en hecho”, por citar tan sólo una). No obstante el mejor camino es ser fieles a Duchamp, para quien dar una definición precisa del infraleve es imposible y la única manera de aproximarse a su sentido es por medio de ejemplos:

- El calor de un asiento (que se acaba de dejar) es infraleve.
- Puertas del Metro. La gente que pasa en el último momento.
- Pantalones de pana: su ligero silbido (al andar) por el roce de las dos piernas.
- Cuando el humo de tabaco huele también a la boca que lo exhala.
- El ruido de detonación de un fusil (muy cercano) y la aparición de la marca de la bala en el blanco.
- Pintura sobre vidrio vista del lado no pintado.
- Tela araña. No la tela (*croquis*), sino las telas de araña que parecen tejido gris-blanc.
- Lo nacarado, lo tornasolado, lo irisado en general.
- Los vahos sobre superficies pulidas (vidrio, cobre).
- Jabón que resbala, resbalamiento, fricción, patinaje.
- Reflejos sobre ciertas maderas, luz que se refleja sobre superficies.
- El paso de lo uno a lo otro tiene lugar en lo infraleve.
- Lo posible es un infraleve. La posibilidad de que varios tubos de colores lleguen a ser un Seurat

es “la explicación” concreta de lo posible como infraleve.

El instante es, por reutilizar palabras de D. T. Suzuki, “el momento en que el espíritu finito comprende que está arraigado en el infinito”. Mediante el instante, desde nuestra condición de mortales, accedemos a un momento de eternidad: un momento en que el tiempo está detenido. El instante es el no-tiempo, breve suspiro en el que se anula el devenir. (¿No es eso la eternidad, no un “para siempre”, sino lo intemporal, la dilación sin fin?).

Gaston Bachelard acertó al recalcar con vehemencia que el instante no tiene duración. No puede decirse que tenga un principio ni un fin. Por tanto, tampoco que tenga contorno. “No tiene dos caras, es entero y solo”. A pesar de ello, el instante no es un círculo. A lo más, se asemeja a un punto. Es pequeño, amorfo, apenas distinguible, fugaz. Sus rasgos están desbordados y resulta imposible definirlos. Por esta razón, no puede medirse ni contabilizarse. Mucho menos, como algunos quisieran, comercializarse. Es, por definición, autonomía radical.

El instante es como parpadear: un acto impulsivo y evanescente que nos aparta por un momento de la realidad circundante.

La magnitud del instante es inagotable. Recuérdese lo que decía Francis Bacon: “No hay nada más vasto que las cosas vacías”. **U**

Fragmento del libro *Contra el tiempo. Filosofía práctica del instante*, de Luciano Concheiro, finalista del Premio Anagrama de Ensayo 2016.